

Soberanía alimentaria

para grandes
problemas

pequeñas
soluciones



Soberanía alimentaria: pequeñas soluciones para grandes problemas

La producción mundial de alimentos se ha multiplicado por tres desde los años 60, mientras que la población mundial tan sólo se ha duplicado. Pero los mecanismos de producción, distribución y consumo, al servicio de los intereses privados, impiden a millones de personas la obtención necesaria de alimentos. El hambre en el mundo no se ha reducido.

El acceso del pequeño campesinado a la tierra, al agua, a las semillas, no es un derecho garantizado. Las políticas agrícolas han optado por un modelo de producción agroalimentaria intensivo, industrial, deslocalizado, “petróleo dependiente” e insostenible.

¿Qué es la soberanía alimentaria?

La soberanía alimentaria tiene por objetivo:

- Satisfacer la seguridad alimentaria de las personas, es decir, tener asegurados los alimentos que necesitamos para subsistir.
- Priorizar un modelo de calidad y saludable, colocando la producción de alimentos, la distribución y el consumo sobre la base de la sostenibilidad social, económica y medioambiental.

La soberanía alimentaria implica poner en el centro a los campesinos y campesinas, que luchan por producir alimentos al margen de las condiciones impuestas por el mercado, priorizando los circuitos locales y nacionales, rompiendo con el mito de que sólo los mercados y el comercio internacional pue-

den acabar con el hambre en el mundo. Ello también supone la reducción del transporte y, por tanto, de gran parte de las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) a nivel mundial.



El sistema agroalimentario intensifica la crisis ecológica y climática

El actual modelo de producción agrícola y ganadero industrial contribuye a profundizar la crisis ecológica global con un impacto directo en el cambio climático. La agroindustria es la primera responsable de los GEI a escala mundial (32%), por delante del sector energético (24%) y del transporte (14%). Estos datos ponen de relieve el fuerte impacto del actual modelo agrícola en la erosión del medioambiente y su contribución a la crisis ecológica. Este sistema de producción de alimentos es:

- **Intensivo.** Lleva a cabo una sobreexplotación de los suelos y de los recursos naturales que acaba generando la liberación de GEI. Al anteponer la productividad al cuidado del medio y la regeneración de la tierra, rompe el equilibrio mediante el cual los suelos capturan y almacenan carbono.

- **Industrial.** Es un modelo de producción mecanizado, con uso de agroquímicos, fertilizantes, monocultivo, etc. Asimismo, la quema de bosques, selvas... para convertirlos en pastos o monocultivos acaba afectando gravemente a la biodiversidad y contribuye a la liberación masiva de CO2.
- **Kilométrico y petróleo dependiente.** Se trata de una producción de mercancías deslocalizada que busca mano de obra más barata y de la legislación ambiental menos exigente. Muchos de los alimentos que consumimos recorren miles de kilómetros antes de llegar a nuestra mesa con el consiguiente impacto medioambiental de los combustibles fósiles usados para su transporte. Se calcula que en la actualidad la mayor parte de los alimentos viajan entre 2.500 y 4.000 kilómetros antes de ser consumidos.

Un débil sistema agroalimentario

Las políticas neoliberales aplicadas los últimos treinta años (liberalización comercial, pago de la deuda externa de los países del Sur, privatización de los servicios y bienes públicos...), junto al señalado modelo de agricultura y alimentación son los principales responsables de esta situación.

El poder de las corporaciones agroindustriales ha aumentado en toda la cadena productiva, se ha perdido hasta el 90% de la tierra cultivable y la biodiversidad, y se ha desplazado a millones de agricultores del campo a las ciudades. Se han desmantelado los sistemas agrícolas y alimentarios tradicionales que garantizan la seguridad y la soberanía alimentaria.



La política agraria es parte de la política neoliberal aplicada. A lo largo de los años 80 y 90 el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI) aplicaron sistemáticamente ajustes estructurales en los países del Sur:

- Forzar a los gobiernos del Sur a retirar las subvenciones a los productos de primera necesidad.
- Imponer una reducción drástica del gasto público en educación, sanidad, vivienda e infraestructuras.
- Forzar la devaluación de la moneda nacional para abaratar los productos exportados, pero disminuyendo la capacidad de compra de la población autóctona.

Estas políticas han acabado con el sistema de producción agroganadero autóctono llevando a la quiebra a los campesinos de los países pobres y convirtiéndoles en dependientes de las importaciones de alimentos de los países del Norte. También ha eliminado la protección y apoyo a las comunidades, industrias y servicios públicos.

La situación en Euskal Herria

La agricultura intensiva industrial también ha llegado a Euskal Herria y está acabando con la agricultura tradicional que durante siglos ha existido en nuestro territorio. Las grandes empresas que controlan el sector agroalimentario imponen precios incluso por debajo del coste de producción, ahogando al baserritarra. Las Políticas Agrarias Comunitarias (PAC), lejos de regular el mercado, lo están liberalizando aún más, acabando con los pequeños productores.

Las administraciones públicas tampoco actúan para evitar la quiebra de un sector fundamental como es la agricultura. Su estrategia ha sido crear denominaciones de origen y sellos de calidad basados en unos estándares de calidad y un modelo de gestión y producción inadecuados. Estas políticas han permitido la irrupción de transgénicos en nuestros campos.

En ningún caso fomentan el consumo local para asegurar la subsistencia y el trabajo digno de los campesinos y campesinas de Euskal Herria.

Una opción viable

La soberanía alimentaria es una opción viable. Un informe del Banco Mundial en colaboración con otras organizaciones lo demuestran. La producción agroecológica provee de ingresos alimentarios y monetarios a los más pobres, a la vez que genera excedentes para el mercado, siendo mejor garante de la seguridad alimentaria que la producción transgénica. El informe fue rechazado por las grandes empresas de la agroindustria y archivado por el Banco Mundial.

Varios estudios demuestran cómo la producción campesina a pequeña es-

cala puede tener un alto rendimiento, a la vez que usa menos combustibles fósiles, especialmente si los alimentos son comercializados localmente. En consecuencia, invertir en la producción campesina familiar es la mejor opción para luchar contra el cambio climático y acabar con la pobreza y el hambre, garantizando el acceso a los bienes naturales, y más cuando el 75% de la población más pobre del mundo son pequeños campesinos y campesinas.

Es fundamental, para romper con el monopolio de la gran distribución, apostar por circuitos cortos de comercialización como mercados locales, venta directa, grupos y cooperativas de consumo agroecológico..., evitando intermediarios y estableciendo unas relaciones cercanas entre productor y consumidor, basadas en la confianza y el conocimiento mutuo. Este sistema nos conduce a una creciente solidaridad entre el campo y la ciudad, además de cuidar y mantener el medio ambiente que nos rodea.



Es necesario que las políticas públicas se hagan eco de estas demandas sociales y apoyen un modelo agrícola local, campesino, diversificado y ecológico. Se deben prohibir los transgénicos, promover bancos públicos de tierras y la producción no industrial, un mundo rural vivo...

¡Lo podemos hacer!

Podemos aportar nuestro grano de arena para que este sistema agroalimentario global injusto cambie a un sistema local sostenible. Cambiemos nuestros hábitos de consumo. Tenemos cerca baserritarras que pueden abastecer las necesidades de alimentos con mecanismos de producción sostenible. Así les proporcionamos subsistencia económica y beneficiamos al medio ambiente apoyando mecanismos agroecológicos, reduciendo emisiones de GEI y preservando el paisaje en unas condiciones óptimas. También hacemos que los trabajadores de los países exportadores del Sur no sean explotados por el cruel sistema agroalimentario global.

Tenemos varias opciones para poder decidir sobre lo que comemos. De esta manera ayudaremos a los baserritarras a tomar sus propias decisiones y deshacerse de la dependencia que actualmente sufren de la agroindustria. Todo ello comprando productos locales más sanos y de calidad a un precio razonable para ambas partes:

- **Mercados locales tradicionales:** Es la opción tradicional. En la mayoría de pueblos y ciudades hay un mercado en el que los baserritarras venden directamente sus productos. Estos productos suelen ser de temporada y normalmente producidos de manera tradicional. Los productos provienen de semillas autóctonas, no transgénicas, y el cultivo se ha llevado a cabo con técnicas heredadas de nuestros antepasados, incluso algunos de manera ecológica.
- **Cooperativas de productores:** Algunos productores y productoras de alimentos, viendo la imposibilidad de sobrevivir en el sistema agroalimentario industrial, se han unido en coo-

perativas para poder hacer frente al mercado global. En algunos casos, aparte de compartir maquinaria, semillas,..., han creado comercios para vender directamente sus productos.



- **Grupos de consumo:** Estos grupos han proliferado en los últimos años. En un intento de saltar por encima del sistema industrial agroalimentario, personas productoras y consumidoras se han unido en grupos de consumo para comercializar y acceder a productos locales. Cada miembro del grupo recibe cada semana una cesta de productos de temporada producido por la persona baserritarra asociada al grupo. Podemos informarnos en las asociaciones de agricultores o de consumidores de nuestro entorno: EHNE, Biolur, Nekasarea, Bashherri (Gipuzkoa),...

Desde ELA exigimos a las administraciones competentes que promuevan leyes que amparen a los pequeños campesinos y campesinas, y que se tomen medidas para facilitar el comercio local. El sector agrícola y sus empleos están en grave peligro en Euskal Herria, y en los países exportadores del Sur.

Podemos y debemos apoyarles para que puedan subsistir de manera digna, a la vez que protegemos el medio ambiente.

Más información en el documento publicado por la Fundación Manu Robles-Arangiz, disponible en el área de publicaciones de su página web: <http://www.mrafundazioa.org>

